

Januario, á usted y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente de la luminaria. ¿Lo entiende usted?— Completamente, dijo don Martín, y según eso nunca habrá *eclises* totales de sol, porque es la luna mucho más chica, y no lo puede tapar todo.— Así debía ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros,<sup>1</sup> nos lo cubre totalmente, así como siempre que usted se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin embargo de que su mano de usted es mucho más chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido usted.— ¿Y los de la luna, cómo son? preguntó el payo.— Del mismo modo, dijo el padre; así como la luna tapa ú obscurece un pedazo del sol<sup>2</sup> cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú obscurece un pedazo de luna ó toda cuando se pone entre ella y el sol.

—*Así* debe ser, dijo don Martín, y *ora* reflejo que he visto algunos *eclises* del sol y luna totales, como usted les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado *oscuras* totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea más grande que la mano. ¿Y es

<sup>1</sup> No es la distancia de la luna respecto de nosotros lo que hace que sean totales los eclipses, sino su completa interposición. E.

<sup>2</sup> Bien sabía el vicario que lo que se obscurece no es el sol, sino la tierra que recibe la sombra; pero se explicó así porque lo entendiera don Martín.

posible que no son otra cosa los *eclises*?— Sí, señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis días, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos eclipses del sol, y totales, que es más gracia.— ¡Cómo, padre! decía don Martín.— Ya se ve que sí, dijo el vicario: ¿ve usted de noche el sol?— No, señor, ni una pizca, respondió don Martín.— Pues ahí tiene usted que se le eclipsa el sol todo entero, y para que usted no me vea, tanto tiene que yo me meta á la recámara como que usted cierre los ojos.— Es verdad, decía don Martín; pero según que usted me ha dicho, y según lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho más grandísimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando.— Pues sí puede menos, amigo, dijo el vicario; y en efecto, es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco.— Pues entonces, replicó don Martín, salimos con lo que usted me dijo; pues aunque mi mano sea más chica que la luminaria, me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos.— Así es, dijo el vicario, puede ó no puede taparla toda, según la distancia en que usted la pusiere respecto á sus ojos. Si la pone lejos de ellos, no tamará toda la luminaria, algo verá usted de ella; pero si se la pone en las narices, no verá nada.— Ya se ve que así ha de ser, decía don Martín, y no solamente no verá la luminaria, pero ni la puerta de la

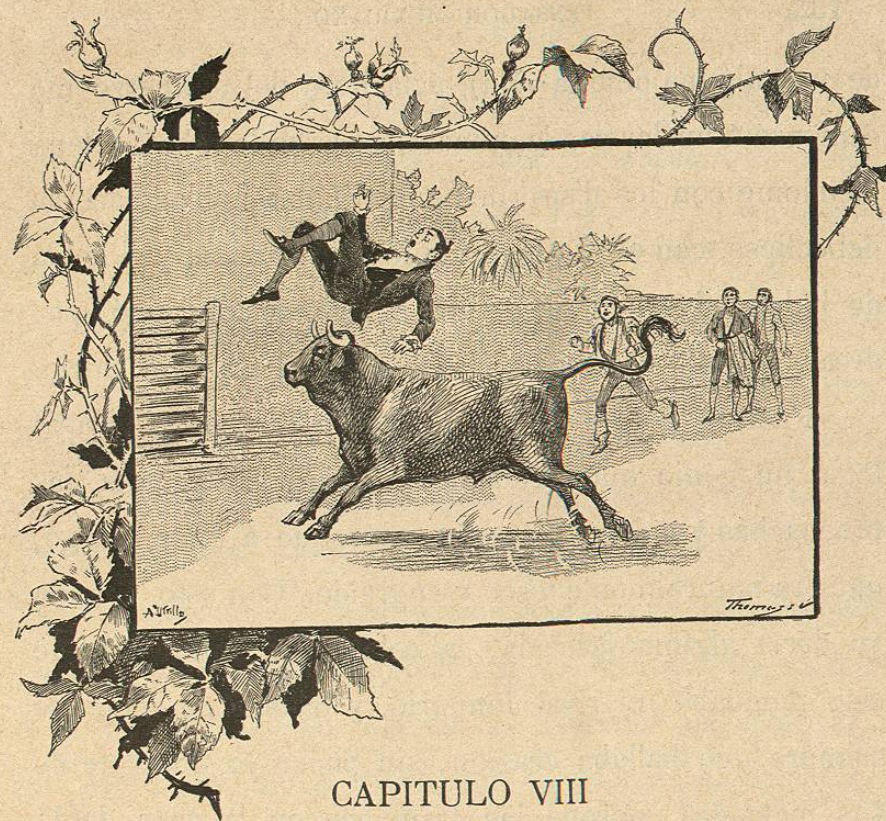
hacienda que es más grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca. — Pues vea usted la razón, dijo el padre, porque se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta, aunque mucho más pequeña que él, si se pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequeñez, eclipsándonos el sol todas las noches por estar pegada á nosotros. <sup>1</sup>

— Perfectamente entendí todo el asunto de los *eclises*, padre vicario, dijo don Martín, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que sea. ¿Lo entiendes, hija? ¿lo han entendido, muchachas? — Todas á una voz respondieron que sí, y que muy bien: que ya sabían que podían hacer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias, cada vez que se les antojara; pero el buen don Martín volvió á preguntar: — Dígame usted, padre; ya que los *eclises* no son más que eso, ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfectos los muchachos? — Esa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los eclipses en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo, ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba

<sup>1</sup> Esto coincide con la explicación anteriormente anotada, que no es exacta. E.

dañada, ó era ruín, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, etc. Los ganados malparen, ó las crías nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras, ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna hierba que las perjudica, etc.; últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algún desorden en la comida ó bebida, ó por exponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen *tencuas*, raquíticas, defectuosas ó muertas por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pesadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes ó recibir golpes en el vientre. Conque vea usted cómo no tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. — Bien, dijo don Martín; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay *eclis*? — La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó lo más inocente. Conque, amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitución.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allí chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.



### CAPITULO VIII

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa

A otro día nos levantamos muy contentos: el señor cura hizo poner su coche y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada